

# ÉL ES NUESTRA PAZ

Parte 24

*“Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades. Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca; porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios” - (Efesios 2:13-19).*

## REPASO

En la lección anterior hablamos del pacto de la circuncisión. Pablo hace referencia a los gentiles como aquellos que eran antiguamente conocidos por los judíos como “la incircuncisión”, que a su vez eran conocidos como “la circuncisión”. Vimos que Pablo describió expresamente tal distinción carnal como cumplida en Cristo, y por lo tanto, eliminada en la carne. Es decir, la circuncisión de la carne hecha por medio de un cuchillo de pedernal, la que alguna vez distinguió al pueblo que tenía una relación con Dios, le había dado paso a la circuncisión del alma por medio de la cruz, mediante la cual todas las personas tanto judías como gentiles, ahora podían tener una relación con Dios a través de Cristo.

Pablo dice, *“En El también fuisteis circuncidados con una circuncisión no hecha por manos, al quitar el cuerpo de la carne mediante la circuncisión de Cristo”* (Colosenses 2:11; BLA). *“Porque nosotros somos la verdadera circuncisión, que adoramos en el Espíritu de Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no poniendo la confianza en la carne”* (Filipenses 3:3).

Pasamos tiempo hablando de la realidad del Nuevo Pacto, de cómo nosotros hemos salido del Antiguo Pacto, y de cómo el Antiguo Pacto no ha salido de nosotros. Es más, esto será necesariamente así hasta que el Espíritu de Dios nos enseñe el Nuevo Pacto.

Yo podría mencionar, sólo como una nota aparte, que no hay una sola persona en el mundo que pueda enseñarnos el Nuevo Pacto. Una persona podría leernos el Nuevo Testamento y nosotros podríamos memorizarlo, y aún así, seguir sin conocer el Nuevo Pacto. El Nuevo Pacto es la relación con Dios en Cristo y no está escrito en papel, está escrito en el corazón por el dedo de Dios. Las palabras en un papel pueden describirlo; eso es, precisamente, el Nuevo Testamento: La infalible descripción escrita de la realidad del Nuevo Pacto, pero para que usted y yo caminemos en dicha realidad debemos llegar a conocerlo donde está escrito.

Lo que estoy diciendo es que el Nuevo Pacto es una relación, una relación con Dios donde hemos muerto y nuestra vida está unida a Cristo, escondida con Cristo en Dios. ¿Cómo podría un libro enseñarle esto a nuestras almas? Un libro puede describirlo, pero sólo el Espíritu de Dios puede hacerlo real. Si usted y yo tenemos un corazón dispuesto a conocerlo a Él, el Espíritu de Dios puede revelar el Nuevo Pacto mientras leemos el libro que lo describe. Desafortunadamente, muchas personas leen el libro y nunca llegan al entendimiento que da el Espíritu de dicha relación. Es decir, muchas personas leen el Nuevo Testamento, aún así, están a kilómetros de distancia de caminar en el Nuevo Pacto.

En la segunda parte de la lección anterior, hablamos de algunas de las innumerables maneras en las que nosotros seguimos tratando de relacionarnos con Dios de acuerdo a una relación o a un pacto que Dios ya no tiene con los hombres. Este es el hecho: Dios ya no tiene relación con el hombre de acuerdo al Antiguo Pacto. Esa no es la naturaleza de la relación que Él tiene con el hombre ahora. Dios no nos hace un guiño cuando hacemos un intento de relacionarnos con Él de acuerdo al Antiguo Pacto, sencillamente no lo reconoce. El Antiguo Pacto no existe para Él, aunque exista en la vanidad de nuestra mente no renovada. Que el Antiguo Pacto no exista para Él nos conviene por muchas razones, porque así aprendemos a caminar en la realidad del Nuevo Pacto, en la relación con Dios en Cristo que es enseñada por el Espíritu, quien conoce “lo profundo de Dios”.

## **LECCIÓN**

Bien, entonces Pablo menciona que los que antes eran conocidos como “la incircuncisión”, los que eran extraños a los pactos y estaban sin esperanza y sin Dios en el mundo, han sido reconciliados a través de la cruz con lo que era llamado “la circuncisión”. Y más que eso, ambos grupos han sido reconciliados con Dios a través de la cruz en lo que se llama “un nuevo hombre”. Miraremos estas dos realidades de la reconciliación en un momento, sólo déjeme estar seguro que hemos entendido que se habla de dos reconciliaciones en el pasaje de esta lección. Está la reconciliación del hombre con el hombre al llevar la muerte de Cristo y vivir por medio de Su vida, y está la reconciliación del hombre con Dios al llevar la muerte de Cristo y vivir por medio de Su vida.

Antes de entrar en nuestros versículos déjeme hacer una declaración bastante radical. Si no hemos llegado al reconocimiento dado por el Espíritu de nuestra muerte con Cristo, no entenderemos nada de la realidad espiritual. Los versículos que corresponden a esta lección no tienen sentido, si no comprendemos que todos los hombres, judíos y gentiles, fueron introducidos a la muerte del Señor Jesucristo; si no comprendemos que nosotros fuimos bautizados en Su muerte.

Hay un orden para la comprensión espiritual. No estoy diciendo que haya niveles o rangos de logro espiritual; eso no tendría sentido. Hay un orden para la comprensión espiritual, el orden mediante el cual Dios puede instruir el alma humana. Ese orden se presenta una y otra vez en las Escrituras. Lo vemos en la historia de Noé, en la salida de Egipto, en el tabernáculo de Moisés, en el templo de Salomón y en el reinado de David. Este es el orden: Muerte, sepultura y resurrección. Si no entendemos que nosotros hemos muerto con Él, que hemos sido juzgados juntamente con Él, que toda la carne fue eliminada, que toda la carne ha sido circuncidada, entonces no podremos entender lo que está más allá de la muerte; no podremos entender la resurrección.

No estoy tratando de pasarme de listo, es que no conozco una mejor manera de decirlo. Los versículos de nuestra lección tienen que ver con la reconciliación entre los hombres y entre los hombres con Dios, pero el elemento clave, la realidad fundamental que tiene sentido en cualquiera de ellas, es la realidad de que toda la carne fue juzgada y separada de Dios a través del cuerpo de Jesucristo. Jesús dijo en Juan que cuando fuera levantado de la tierra, atraería a todos a Sí mismo (Juan 12:32). Pablo dice en Corintios que cuando uno murió, todos murieron (2 Corintios 5:14).

La cruz fue el final de Adán, el final del primer hombre. Toda la carne choca con la cruz y encuentra su final, y todo lo que sale de ahí, perdón, vida, paz, amor, pacto, iglesia depende de ello. Nada de esto tiene sentido si la carne no es juzgada y eliminada.

Si no vemos ese final, estos versículos de Efesios no tienen sentido. De verdad, si no vemos ese final, el Nuevo Testamento completo no tiene sentido. Todo lo que Pablo describe aquí acerca de la enemistad destruida y de la reconciliación con Dios, es consecuencia directa de su entendimiento de la muerte de toda la humanidad en el cuerpo de Cristo. Si nos fijamos en estos versículos notaremos cómo son reconciliados los judíos y los gentiles. ¿Cómo hizo Dios para que los judíos y los gentiles fueran uno? ¿Cabildeó por los derechos humanos? NO; así es como nosotros tratamos de unir la carne. ¿Señaló todas las similitudes naturales y biológicas entre ambos grupos, las cosas que tenía en común? ¿Constituyó un comité para la unidad? NO; así es como nosotros lo hacemos.

¿Cómo reunió Dios a judíos y a gentiles? Por medio de la sangre de Jesucristo, a través de la muerte de Su Hijo. Es decir, trajo a ambos a su final en la carne y levantó a Cristo como la vida de todo el que vive. Terminó con la separación y distinción en la carne al

eliminarla, y luego se tornó la vida de toda aquella alma que quisiera vivir; así estableció la paz.

La carne nunca podrá ser reconciliada con la carne. Ahora, no tome esto como una excusa para ser grosero y andar malhumorado con la gente. Usted puede ser amable y generoso, aún así, nunca conocerá la verdadera unión o completa reconciliación en la carne, porque tenemos vidas separadas con voluntades egoístas. Así que, la carne puede encontrar cosas en común y puede relacionarse basada en esas cosas, puede compartir espacio y tiempo, pero en tanto busquemos relacionarnos en la carne, la unidad sólo será una ilusión. Puede que un grupo tenga apariencia de unidad por un tiempo, pero realmente es una situación temporal que existe debido a la conveniencia de los individuos. Tan pronto ya no sea conveniente o de mutuo beneficio para las personas que se reúnen, se separarán, dejando al descubierto que ellos nunca fueron verdaderamente uno. Esto es cierto con respecto a la amistad, iglesias, matrimonios, grupos sociales, etc. La gente se sorprende de que la tasa de divorcios en la iglesia sea la misma que la del mundo incrédulo, pero si nos estamos relacionando entre sí sólo en la carne, ¿cómo podríamos esperar algo diferente?

La unidad en la carne es real e importante sólo en la medida en que beneficie a los individuos. No es una unidad verdadera, no es un verdadero compartir de vida; es carne reuniéndose para ganancia personal, para ganancia individual. No obstante, Dios, a través del Israel del Antiguo Pacto, dio tipos y sombras en lo natural de la verdadera unidad. Aunque ellos no eran realmente uno en Él, Dios demostró la unidad a través de ellos al hacer que todos fueran de la misma semilla, Abraham; del mismo pacto, la circuncisión; en la misma tierra, de la misma Ley, relacionándose con Dios en el mismo sacerdocio. Esto no los llevó a la unidad de compartir la vida de Cristo, pero era un cuadro de eso. Dios les ordenó que no se mezclaran con los que estaban fuera de esta relación de pacto con Él. Les ordenó que se mantuvieran separados de las naciones, de los gentiles. Hubo así una enemistad, hostilidad, antagonismo entre los judíos y los gentiles durante los años del Antiguo Pacto. Y como sabemos al mirar las noticias, es una hostilidad que continúa hasta hoy en aquellos en quienes el velo no se ha removido en la Persona de Cristo.

Otra vez, ¿cómo destruyó Dios la enemistad que existía entre ellos en la carne? Al destruir la carne. Dios le ofreció reconciliación a toda la humanidad al ofrecerle un final a la carne y una vida completamente nueva. Al ofrecerles la cruz, un final para sí mismos y la novedad de la vida de Cristo, Dios les dio lo que Pablo describe en Romanos 12 y 1 Corintios 12.

**Romanos 12:4-5**, *“Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros”*.

**1 Corintios 12:13**, *“Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu”*.

Un Espíritu, una vida, un cuerpo; Cristo el todo en todos. Así fue como Dios abolió la enemistad. Recuerde nuestros versículos: *“Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz...”*

Esta palabra paz es muy importante y muy mal entendida. Es cierto que las Escrituras llaman a Jesús el Príncipe de Paz, pero como lo hacemos con todo lo demás, tratamos de hacer de Él, el príncipe de cualquier paz que sea importante para nosotros; y esa casi siempre es paz en la carne y en el ámbito natural. Queremos que Él traiga paz a nuestras relaciones, paz entre las naciones, paz donde haya guerra o paz con nuestros suegros. Pero esta no es la paz que Él ofrece, ni el ámbito donde Su paz es conocida. Él fue muy claro acerca de eso cuando dijo: *“¿Pensáis que he venido para dar paz en la tierra? Os digo: No, sino disensión. Porque de aquí en adelante, cinco en una familia estarán divididos, tres contra dos, y dos contra tres. Estará dividido el padre contra el hijo, y el hijo contra el padre; la madre contra la hija, y la hija contra la madre; la suegra contra su nuera, y la nuera contra su suegra”* (Lucas 12:51-53).

La paz no es algo que Cristo nos da en la carne, la paz es algo que Él es para nosotros; paz entre nosotros y paz con Dios. Al destruir la carne a través de la cruz y llenar nuestras almas con Su vida, la paz en realidad es que muchos moran en Uno. La paz es Uno como la vida de muchos. Así vemos por qué el versículo 14 dice: “Él es nuestra paz”. No dice: “Él nos dará paz”, o “Él nos hará pacíficos”; no. Al morir a la carne y convertirnos en vivos para Dios en Cristo, Él se vuelve nuestra reconciliación unos con otros. ¿Cómo vamos nosotros a tener enemistad si somos miembros del mismo cuerpo? ¿Cómo podría la separación y la hostilidad permanecer si a todos se nos hizo beber de un Espíritu? ¿Lo ve? Él es nuestra paz.

No sólo la paz entre nosotros; ese es casi un beneficio adicional comparado con la realidad de que Él es también nuestra paz para con Dios. Porque hemos muerto y nuestra vida está unida a Cristo, escondida con Cristo, es que podemos vivir para siempre en el Padre. Esta es el verdadero cuadro de la reconciliación: Estamos unidos a Cristo, compartiendo una Vida y viviendo en el Padre. Juan dice, *“Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros...”* (Juan 17:21). Esto es paz, esto es reconciliación. No podemos tener más reconciliación que esa única vida: *“...tú en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros...”*

Desafortunadamente, yo sé que cuando mucha gente piensa en la reconciliación con Dios, tienen un cuadro en sus cabezas de un Dios con un martillo gigante que está a punto de

caer sobre nosotros. Justo antes de que el martillo nos alcance, Jesús golpea el martillo para que se deslice y caiga sobre Él. Entonces Dios nos mira y dice: “Bueno... supongo que descargué mi ira sobre Jesús; supongo que los dejaré vivir. ¡Felicidades, están reconciliados conmigo!”

Nosotros nunca diríamos algo así, pero es un poco como nuestro corazón percibe la reconciliación. Casi como una transacción externa que esperamos que sea vinculante, porque sabemos con seguridad que no la merecemos. Cuando leemos de Jesús como nuestro intercesor o mediador, lo imaginamos de pie entre nosotros y ese martillo recordándole al Padre que el martillo ya cayó sobre Él. Entonces, Dios de mala gana pone a un lado el martillo porque Cristo intercede a nuestro favor.

¡Pues no es así! Intercesión no es algo que Cristo hace por nosotros. Él no está haciendo retroceder la ira de Dios. Él no está orando por nosotros, a pesar de lo que usted haya escuchado. ¿Por qué necesitaría Él orar por nosotros después de habernos concedido Su muerte, sepultura y resurrección? ¿No está terminada la obra? Tal vez usted no haya oído ese concepto enseñado en el cuerpo de Cristo, pero yo he escuchado muchas veces que Cristo es llamado el gran intercesor porque está orando por la iglesia, o porque incesante y fielmente hace retroceder el brazo hostil de Dios. No obstante, eso no tiene sentido en la perspectiva de la obra consumada de la cruz.

Cristo es el intercesor o el mediador, por lo que Él ha hecho y por lo que será para siempre. Él es el intercesor porque salió de Dios, atrajo a Sí un pueblo, lo llevó a Su muerte, fue resucitado de entre los muertos, y a los que aceptan por fe Su muerte como propia, los lleva de regreso con Él al lugar adonde había estado antes. Él llevó un pueblo en Sí mismo del ámbito de muerte a Su morada eterna, a Su lugar de reposo eterno. Él es el mediador porque a través de la cruz preparó un lugar en el Padre para Su cuerpo. Él es el intercesor porque será para siempre Aquel en quien hemos muerto y con quien estamos escondidos en Dios. Como dice el versículo 18: “*porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre*”. Espero que esto tenga sentido. Esta es una de las más maravillosas descripciones de la obra de Dios en Cristo. La cruz destruyó la enemistad al reconciliarnos en un Espíritu con el Padre.

¿En dónde estaba la enemistad entre judíos y gentiles? En la carne. Era una separación que la Ley demandaba; circuncisión versus incircuncisión. La semilla de Abraham versus la no semilla de Abraham. Más allá de esto, toda la enemistad entre los hombres está en la carne, pues la carne realmente no puede ser reconciliada. ¿Cómo se deshace usted de la enemistad? Destruyendo la carne, llevando a Adán a la muerte y derribando la pared intermedia de separación.

¿En dónde estaba la enemistad entre Dios y el hombre? Lo mismo, en la carne, en el hombre adámico, en la naturaleza de pecado que obra en el hombre natural y que es contraria a la justicia. Entonces, al crucificar la carne en la persona de Jesucristo, y al

vivir en y por medio de Cristo por fe, somos unidos a Él y llevados al Padre; ahí es donde estamos, sea que lo hayamos visto o no por fe.

¿Cómo destruye Dios la enemistad con el hombre? La iglesia responde: “¡¡Él nos perdona!!” ¡Error! Bueno, esto es cierto si entendemos que el perdón es posible sólo debido a la muerte. Sin embargo, nosotros creemos que seguimos vivos y que estamos perdonados. Creemos que Dios mató a Jesús para que nosotros pudiéramos seguir vivos delante de Dios. ¡Error! Dios no perdonó nuestra iniquidad excepto por el hecho de que nos crucificó con Cristo; no hay perdón sin la eliminación de la causa.

Bien, lo último que quiero mencionar de estos versículos es el término “un nuevo hombre”. Esto es algo de la perspectiva de Dios, de lo que Él ha logrado en la resurrección de Jesucristo. En el corazón de Dios, en la perspectiva de Dios, la salvación no ha logrado un puñado de pecadores salvos. Es cierto que muchos encuentran salvación en Él, pero la perspectiva de Dios de la nueva Creación no es sólo un puñado de escapados del infierno...en realidad no es un puñado de nada. La perspectiva de Dios de la salvación es un nuevo hombre; una cabeza, un cuerpo, ambos compartiendo la misma vida, redimidos, levantados de entre los muertos, sentados con Él en lugares celestiales.

Hay un enorme énfasis en el cuerpo de Cristo sobre la “relación personal del creyente con Dios”. Me gustaría que usted pensara en esto por un minuto. No es incorrecto pensar que tenemos una relación personal con Dios; en definitiva es muy personal. Es la vida de Su Hijo la que llena nuestras almas personales. Sin embargo, en algún lugar de nuestro énfasis en la relación personal con Dios, fallamos en comprender que somos corporativamente un nuevo hombre. Fallamos en entender que nosotros, como individuos, hemos llegado a ser un cuerpo en Él. Somos individualmente partícipes los unos de los otros porque tenemos una vida. Estos no son sólo términos, conceptos y teologías cristianas, esta es la realidad de nuestro estado espiritual de ser.

Creo que nosotros sólo tenemos que empezar a relacionarnos entre sí de esta manera. Comprendo que encontrar la unidad en el espíritu y relacionarnos más allá de la carne, es tan extraño y difícil para la mente natural, como cualquier otra cosa que la fe ve de Él; no sale naturalmente. Es, de hecho, contrario a la naturaleza y sólo sucede cuando la naturaleza es tratada en la cruz y la mente es renovada.

Le garantizo que ese es el único lugar adónde vamos. Estamos siendo llevados a una realidad más profunda de la relación entre nosotros como un nuevo hombre. ¿Cómo lo sé? Lo sé porque eso es real y cierto en la perspectiva de Dios, y porque conforme crezcamos en la verdad, eso necesariamente será lo que veamos. La verdad conforme está en Cristo debe llegar a ser la verdad conforme está en nosotros; y lo será, si continuamos volviéndonos a Él. Nosotros vamos a ser guiados siempre hacia una mayor comprensión, experiencia y expresión de lo que Dios ha hecho, esto es, que todo el que crea será introducido en el nuevo hombre en Cristo.

Para Pablo este nuevo hombre no es un cuadro mental agradable, es la realidad de que Cristo es la resurrección y la vida de todo el que cree. No es un puñado de vivos, sino muchas almas compartiendo una vida. No estoy diciendo que usted sea Jesús, estoy diciendo que Cristo es su vida. Cristo es la vida de su alma individual, y la renovación de la mente nos lleva a Su entendimiento de todas las cosas. La renovación de nuestra mente nos hará relacionarnos unos con otros de acuerdo a esta realidad. La revelación de Cristo como nuestra vida hará que nosotros nos veamos, no de acuerdo a la carne, sino de acuerdo al juicio. ¿Cuál juicio? *“Pues el amor de Cristo nos apremia, habiendo llegado a esta conclusión este juicio: que uno murió por todos, por consiguiente, todos murieron”* (2 Corintios 5:14). Ahora, Él es la vida de todo el que vive.